

Temas escogidos de metafísica

COLECCIÓN BIBLIOTHECA SALMANTICENSIS

Serie Filosofía 12

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHEF

Ana María Andaluz Romanillos – Universidad Pontificia de Salamanca, España

CONSEJO ACADÉMICO – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Sixto J. Castro (Universidad de Valladolid, España)

Juan José García Norro (Universidad Complutense de Madrid, España)

Mauricio Beuchot Puente (UNAM, México)

Fernando Broncano Rodríguez (Universidad Carlos III de Madrid, España)

Jesús Conill Sancho (Universidad de Valencia, España)

Adela Cortina Orts (Universidad de Valencia, España)

John Cottingham (University of Reading/University of London / Oxford University, Reino Unido)

Dulce María Granja Castro (UNAM, México)

Diego Gracia Guillén (Universidad Complutense de Madrid, España)

Danièle Moyal-Sharrock (University of Hertfordshire, Reino Unido)

Jesús Padilla Gálvez (Universidad de Castilla La Mancha, España)

Chon Tejedor (University of Hertfordshire, Reino Unido)

Nuria Sánchez Madrid (Universidad Complutense de Madrid, España)

Jesús Vega Encabo (Universidad Autónoma de Madrid, España)

Nuno Venturinha (Universidade Nova de Lisboa, Portugal)

BIBLIOTHECA SALMANTICENSIS

Serie Filosofía 12

TEMAS ESCOGIDOS DE METAFÍSICA

JORGE USCATESCU BARRÓN

COEDICIÓN

UPSA EDICIONES

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

EDITORIAL SINDÉRESIS

SALAMANCA

2025

Esta Editorial es miembro de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas (UNE), lo que garantiza la difusión y comercialización nacional e internacional de sus publicaciones.



Uscatescu Barrón, Jorge, 1962- , autor

Temas escogidos de metafísica / Jorge Uscatescu Barrón. – Salamanca : UPSA Ediciones ; Madrid : Editorial Sínderesis, 2025

154 páginas. – (Bibliotheca Salmanticensis. Filosofía ; 12)

Incluye referencias bibliográficas e índices.

ISBN: 979-13-87569-13-6

DL S 387-2025

1. Metafísica. 2. Filosofía de la India. I. Título. II. Serie.

11

1(54)

© UPSA EDICIONES

Universidad Pontificia de Salamanca

Compañía, 5 • Teléf. 923 27 71 28

publicaciones@upsa.es • www.publicaciones.upsa.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com <<http://www.conlicencia.com>>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Foto de portada: IA

© 2025, Editorial Sínderesis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 979-13-87929-15-2

Para mi madre y mi hermana Alexandra, con profundo afecto

INDICE

I. A MODO DE UNA INTRODUCCIÓN A LA METAFÍSICA	9
II. DE LA DIFERENCIA ENTRE SABER BRAHMÁNICO Y SABER FILOSÓFICO	25
§ 1. Introducción: la metafísica como creación occidental y el concepto de saber entre los indios	25
§ 2. El sabio upaniśádico	28
§ 3. El saber teórico indio: la idea de <i>darśana</i>	34
III. EL TEMPLAMIENTO A SÍ MISMO: HACIA UN CONCEPTO DE MISMIIDAD	47
§ 4. El lugar de la cuestión de la conciencia propia en las disciplinas filosóficas	47
§ 5. La conciencia propia originaria	50
§ 6. Del sentimiento propio o templamiento a sí mismo	58
a) El templamiento a sí mismo como darse prerreflexivo a sí mismo	58
b) La conciencia propia y la mismidad en su esencia y existencia: reflexiones a propósito del ἦθος y de la οἰκείωσις	68
IV. EL CONCEPTO DE MUNDO Y LA METAFÍSICA	77
§7. Introducción: sobre la vinculación de la idea de metafísica con el tema del mundo	77
§ 8. ¿Es el mundo la totalidad de los entes? Una reflexión sobre la totalidad de los entes en cuanto todo	81
§ 9. El mundo como dominio de la totalidad de los entes y de las regiones de entes	99

V. FENOMENOLOGÍA DE LO CONVENIENTE	
(IDEA DE LO BUENO)	109
§ 10. De la pluralidad de los significados de lo bueno y de la dificultad de determinar lo que es lo bueno en general	109
§ 11. Lo bueno como tema de la metafísica antes que de la ética	114
a) ¿Es lo bueno una propiedad del ente en cuanto ente?	114
b) Lo bueno como lo apetecible: la apetecibilidad como fenomenalidad de lo bueno	115
§ 12. La determinación esencial de la bondad como conveniencia	117
a) Definición de la conveniencia y de la disconveniencia o inconveniencia	117
b) El núcleo de la conveniencia (lo bueno para algo) y el problema de la conveniencia para sí mismo	120
§ 13. Aquilatación de la definición de conveniencia a la vista de sus tres formas básicas	126
§ 14. La tendencia o impulso a lo bueno	128
a) La conveniencia considerada a partir de aquello para lo cual algo es conveniente	128
b) Lo bueno no es en cuanto tal ni un valor ni un fin	132
c) La unión de lo que impulsa a algo y eso mismo: la idea de apoderamiento de lo real (bueno)	136
§ 15. Atractividad como modo de la conveniencia aquende la similitud y disimilitud entre lo bueno y lo que tiende a lo bueno	137
§ 16. Lo bueno y la idea del ser: la concomitancia	140
ÍNDICE ONOMÁSTICO	143
ÍNDICE DE CONCEPTOS	145

I.

A MODO DE UNA INTRODUCCIÓN A LA METAFÍSICA

¿Se puede seguir hablando de metafísica en un tiempo llamado post-moderno o incluso postmetafísico bajo el signo del deconstructivismo y del pensamiento único en que la renuncia a la metafísica es su signatura indeleble? ¿Puede concebirse la cultura occidental o lo que queda de ella sin la metafísica? A estas dos preguntas no se va a responder directamente en las reflexiones que seguirán y que se presentarán en forma de preludio a fugaces incursiones en temas metafísicos, pero sí de una manera indirecta viendo lo que es la metafísica y delimitándola de aquello que no lo es: se dibujará tan sólo su contorno frente a aquello de lo que se destaca y contra lo que se recorta, quedando sólo esbozado su dintorno. La metafísica siempre se ha visto expuesta a las críticas desde su comienzo, pero es a partir de la Ilustración del siglo XVIII racionalista o empirista, a la que siguieron en esta crítica el marxismo y el positivismo del XIX, y en especial las nuevas formas del positivismo de principios del siglo XX, cuando la metafísica o bien queda relegada a ámbitos de lo absurdo y sus proposiciones son calificadas de meros balbuceos sin sentido, o bien, en el mejor de los casos, se ve desterrada al reino de lo «místico», o bien sobrevive, desde hace ya décadas, bajo la forma de una mera física de la existencia, o en el «análisis del lenguaje» o en los «juegos del lenguaje», o bien, finalmente, pervive o malvive, mejor dicho, como un «recogedor» de las cuestiones por no resueltas o irresolubles por las demás disciplinas filosóficas o científicas, siendo su objeto no ya uno, sino un nutrido acervo de problemas residuales que las ciencias particulares han ido repudiando finalmente por espúreos y que ahora dan en llamarse despectivamente «metafísicos»¹. Por otro lado, el destronamiento y derrumbre de la metafísica desde el siglo XVIII ha producido un montón de

¹ Éste es el parecer de nada menos que de Nicolai Hartmann: *Zur Grundlegung der Ontologie* (1934). Cuarta edición. Walter de Gruyter, Berlín 1964, pág. 27 y sig.; edición española: *Ontología: 1. Fundamentos*. Traducción de José Gaos. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1957², pág. 32 y sig.

escombros que han venido a parar en la lógica y en la teoría de la ciencia o en las disciplinas herederas, pero en tales jirones la metafísica queda desfigurada hasta hacerse ya irreconocible, y no faltan los que han lanzado un llamamiento a extirpar de estas ciencias estos desechos últimos de la rancia metafísica.

Hablar hoy de metafísica es incluso más extemporáneo, ya que se la ha dado por superada en el pensamiento postmoderno llamado por ello postmetafísico, ya plenamente liberado de la metafísica como lastre civilizatorio en un proceso de emancipación sin fin, en nombre de una Ilustración cada vez más «radical» en el sentido de la desradicación irreconciliable con lo real y montaraz propugnadora de un posthumanismo. Aquí no entraré en una polémica ni contra detractores ni contra los sedicentes cultivadores; por el contrario, me ceñiré a delimitar lo que es y puede ser la metafísica como la que se viene defendiendo, en particular, desde Platón y Aristóteles, por diversos que se antojen los planteamientos de cada uno de ellos. Asimismo desistiré de entrar en la cuestión aún hoy controvertida de si la metafísica se inicia con los presocráticos o si la filosofía de Tales a Meliso es sólo una forma premetafísica o no.

La metafísica o filosofía primera versa sobre lo que es el ente en cuanto ente, como sentencia Aristóteles en el epónimo tratado: «Hay una ciencia que considera el ente en cuanto ente ($\delta\upsilon\nu\ \eta\ \delta\upsilon\nu$) y las propiedades por sí de éste»² instituyendo así una ciencia especial con un objeto propio. Ya en su diálogo tardío *El sofista* Platón se había planteado por vez primera de una forma directa la cuestión de qué sea el ente ($\tau\acute{\iota}\ \delta\upsilon\nu$)³. Mientras Platón sólo se plantea la pregunta sin adscribirla a una ciencia en especial, que no puede ser otra que la que, líneas más abajo, él llamará «ciencia dialéctica»⁴, es Aristóteles el que funda esta ciencia filosófica que hunde sus raíces en la filosofía platónica. La perspectiva adoptada por la metafísica se expresa en el «en cuanto» ($\eta\ \delta\upsilon\nu$) reducativo, que no es ni comparativo, ni cognoscitivo ni interpretativo ni hermenéutico: «esto como casa» – estructura del juicio al decir de Heidegger –,

² Aristóteles: *Metafísica*, libro IV, cap. 1, 1003 a 21-22. Las traducciones de los textos citados en este libro son del autor.

³ Platón: *El sofista* 244 A.

⁴ Platón: *El sofista* 253 B.

sino limitativo, al restringir la consideración cognoscitiva reduplicando el objeto: en tanto que ente y no en cuanto móvil o en cuanto eterno o en cuanto viviente. No se trata de una abstracción, sino de una operación que resalta la entidad misma contradistinguiéndola de todo lo demás. Con esta precisión (de *prae-scindo*) o recorte mental se obtiene lo que la entidad en cuanto tal es, escindida mentalmente de todos los modos peculiares de ser como el moverse a sí mismo, el ser material o el ser moral o espiritual, como más adelante se verá. Se trata de una precisión circumscriptiva sin escisión real de lo que se prescinde: lo prescindido no se desecha, queda sólo distinguido. La ciencia metafísica es pues una ciencia crítica o discriminativa por antonomasia y a la vez máximamente precisiva. Su precisión o restricción lo es según una razón, en este caso, la razón del ser, que queda distinguido de cada uno de los entes y del ente en su totalidad.

El tema del ser no es un tema escogido al capricho por los que más tarde se llamarán filósofos griegos, sino el tema que recurre de forma mediata o inmediata en la entera filosofía griega, ya desde Parménides, que, aunque su investigación lleve, según la tradición, el título de «Tratado sobre la naturaleza», en el fondo hace una meditación sobre el ente, si bien la física que cultiva en el tratado – de carácter dóxico frente al carácter tético del poema sobre el ente – esté plenamente encuadrada en la tradición filosófica jónica de la φυσιολογία. Pero el mismo Aristóteles concibe el ente en cuanto ente en el sentido del ente natural (ὄν φύσει) frente al artefacto y al ente matemático y geométrico, y por tanto, ser y naturaleza los funde en uno solo. Esta coincidencia puede trazarse desde los pródromos de la filosofía griega. También se han propuesto otros temas como la realidad (Descartes), lo absoluto (Schelling, Hegel), la vida (Dilthey), mas en todos ellos transparece en último plano el ser. No sólo la íntegra filosofía, sino sobre todo lo que se llama metafísica son búsqueda del ser, ni más ni menos. Evadirse del ser o intentar superarlo lleva a posiciones que entrañan problemas incluso más arduos como la ciencia de lo escible, la filosofía de la vida o de la existencia o de la realidad sin ser, o la henología neoplatónica. Aunque el término «ontología», acuñado en la primera década del XVII, llegó a designar la parte de la metafísica exclusivamente consagrada al tratamiento del *ens qua ens*, tal

y como se recoge en la *Metafísica* de Aristóteles y sobre todo en las *Disputationes metaphysicae* (1597) de Francisco Suárez, que se convierten así en el modelo seguido por los siglos venideros de ontología general frente a las otras ramas más específicas de la metafísica: cosmología general, psicología racional y teología racional, hoy se utiliza el término para nombrar un sucedáneo frente a la metafísica, sin presuponer ni la psicología racional ni menos aún una teología racional alguna que hiciesen incluir en la «ontología» algo así como un sujeto transcendental o νοῦς o bien lo sagrado. Esta ontología es una física de las cosas existentes.

Y, sin embargo, se asocia la metafísica a una nutrida serie de temas. De hecho la filosofía o lo que desde finales del siglo IV a. J. se llamará filosofía se proponía contestar a una pregunta un tanto diferente, como se advierte en la sentencia fundacional de la filosofía pronunciada ya por Anaximandro de Mileto en relación con lo que él mismo tenía por principio de todos los entes: lo indefinido o lo ilimitado (ἄπειρον): «Aquello de dónde viene lo que es y adónde regresa al destruirse según la necesidad» (12 B 1 Diels-Kranz)⁵. Aquí se recoge la idea de principio (ἀρχή) o fundamento de todas las cosas, si bien de una forma muy particular, según la cual el principio no sólo está en el origen, sino también en el término del fluir de las cosas. Ya en la primera sentencia de la filosofía occidental afortunadamente rescatada por Simplicio al final de la Antigüedad, el principio de la causalidad, y en especial la específica relación entre principio y principiado o entre causa y efecto son el centro de la reflexión filosófica en general. No puede extrañar por ello que la metafísica vaya a tratar la relación entre fundamento y fundamentado en una doble dimensión: por un lado, entre el principio y el todo tomado en su conjunto, en su universalidad y, por otro, entre las partes de ese todo a que llamamos mundo y en las que rigen también las relaciones de fundamento-fundamentado.

Mientras la física moderna en su calidad de cosmología astrofísica o astrofísica cosmológica versa sobre el origen del universo a partir del *big bang*

⁵ Una voluminosa panorámica sobre el concepto de filosofía en la Antigüedad desde Tales hasta el siglo VI d. J. la encontrará el lector en Matthias Perkams: *Grundriss. Philosophie der Antike, von den Vorsokratikern bis zur Schule Nisibis*. Meiner, Hamburgo, 2023.

– o sea de la hipótesis de una entidad existente y no de la nada –, y concibe el universo como algo en expansión o despliegue a partir de un punto de concentración máxima de materia que explota –, pero sin llegar a elucidar, sin embargo, cómo se llega a ese origen concentrado del universo que de repente empieza a expandirse, la metafísica comienza su andadura donde la física ha llegado con sus hipótesis. Esta reanudación no debe entenderse como una acción auxiliar de la metafísica ante la exhausta física, que ya no puede avanzar más por la exigencia de la observabilidad en su sentido más amplio – matemático-fisicista –, sino como el establecimiento de la frontera final de esta ciencia con otra, cuyo objeto comienza allende ese límite y que no es reducible al esquema conceptual causa-efecto. Si la física se ocupa de la estructura misma del universo así como de su evolución a partir del *big bang*, la metafísica se ocupará de la estructura ontológica misma del universo en cuanto universo que no coincide con el universo físico, el objeto de la cosmología astrofísica. La estructura del universo en el sentido más amplio se despliega, además, en fenómenos tales como unidad, polaridad, complementariedad, interacción, generación, corrupción, evolución, movimiento, temporalidad-eternidad etc. en cuanto que conciernen al ente en cuanto ente. Cómo se muevan los planetas en uno u otro sistema galáctico o cómo se expandan las galaxias o interaccionen entre sí mismas según las leyes astrofísicas que rijan en los cuerpos celestes como entidades físico-químicas en movimiento, son problemas de la astrofísica en cuanto que se ocupa de estos movimientos específicos de la translación, pero elucidar qué es el movimiento y sus clases y sobre todo su constitución misma ontológica en cuanto tránsito del ser al no-ser y viceversa, es una tarea de la metafísica, evitándose así una suerte de física metafísica y evolucionista como la que propugna Whitehead en *Process and reality* (1930), obra en la que se mezcla lo que es la metafísica propiamente con ideas científicas de la física y del evolucionismo biológico. Así como la metafísica no es una «concepción del mundo», así mucho menos puede asimilarse a una metafísica empirista o inductiva, verdadera *contradictio in adiecto*.

Ciertamente es una cuestión, sin duda, clave el interpretar la expresión preposicional μετὰ τὰ φυσικά («después de las cosas físicas o de las cosas

sobre física»), que lexicalizada dio origen al sustantivo «metafísica». En la interpretación de este sustantivo se van fraguando las diversas modulaciones del pensamiento metafísico, que oscilan entre el positivismo *ante litteram* y las formas espiritualistas y teístas. En todas estas modulaciones de la metafísica se busca según la razón (λόγος) un fundamento del todo, así como un principio de cada cosa.

La vinculación de cada ente o de todo ente a un principio o causa es algo que tiene que elucidar la metafísica. Tal relación puede entenderse de modos diversos, pero en todo caso es algo metafísico en el sentido de que tal fundamento lo es de cada una de las cosas naturales o del todo de lo natural; está más allá del orden físico de las cosas, porque además de no ser algo dado o circunscrito únicamente al orden de los fenómenos individuales, está situado más allá de los datos inmediatos cooriginarios, si se interpreta estrictamente la conexión entre principio y principiado. Así, en el neoplatonismo se postula, antes que una emanación, una derivación del mundo a partir de lo Uno o de lo Bueno, que son fundamento y fin a la vez de todos y cada uno de los entes. En el pensamiento indio, del que trataré brevemente en estas reflexiones y que se acuerda de algún modo con el discurso metafísico occidental por una suerte de convergencia en principio no debida a ningún influjo mutuo, sobre todo, antes del último tercio del siglo IV a. C., se concibe la estructura dinámica del universo de todos los entes como un proceso reversible de despliegue (*avyakta*) de lo que está en el comienzo replegado en sí mismo (*vyakta*), sometido a ciclos ininterrumpidos.

También cabría reivindicar la idea de una creación a partir de la nada, como lo hace el gnosticismo y después el cristianismo a partir del siglo II d. J.⁶ En este creacionismo, sin embargo, hay dos principios: por una parte, la nada o principio negativo, que sirve de punto de partida, pero nunca de hontanar de materiales para la creación, como sucede en los relatos teológicos anteriores, que suponen un caos primigenio, y, por otro, las ideas o designios divinos que guían la creación misma en su inepción y desarrollo ulterior, de

⁶ Véase sobre este particular la excelente monografía sobre los orígenes gnósticos de esta doctrina de Gerhard May: *Die Schöpfung aus dem Nichts. Die Entstehung der Lehre von der creatio ex nihilo* (Arbeiten zur Kirchengeschichte 48). Walter de Gruyter, Berlín, 1979, aquí pág. 71.

modo que la perfección está en el principio. En este orden de cosas queda por mencionar el paradigma evolutivo al que pertenece la teoría astrofísica del *big bang* o el evolucionismo de corte darwinista en la biología, que sostiene que lo ínfimo es lo primigenio, a partir de lo cual va surgiendo lo más perfecto por la expansión.

Finalmente se puede sostener, como Aristóteles, que en el mundo rige sólo un orden (τάξις) sin emanación o derivación y en cuyo culmen se sitúa el principio del movimiento local o motor inmóvil. Tal orden es el de una escala de seres según grados del ser, que van de lo ínfimo a lo supremo y es, por un lado, inmanente a las cosas naturales mismas, y, por otra parte, está más allá de ellas, porque no se reduce a ninguna en especial.

Aunque la metafísica trate de lo que está más allá de las cosas físicas, no es una hiperfísica, esto es, una aplicación de los conocimientos obtenidos en regiones particulares del ser mediante la física y la matemática, yendo más allá de los límites propios de esas ciencias particulares. La extrapolación de los conocimientos recabados por las ciencias particulares con el auxilio imprescindible de la lógica del pensar para no incurrir en contradicciones es sobre todo lo que caracteriza a lo que se ha dado en llamar «cosmovisión» o «visión del mundo» (*Weltanschauung*), en boga a partir del siglo XIX, pero que lejos de haberse desvanecido en nuestros días pervive ahora bajo distintas formas⁷. La concepción del mundo no es metafísica, porque se ciñe a alguna especie de entes y a las relaciones entre ellos, que expresan estados de cosas de acuerdo con la idea que se tiene del mundo, sea el principio asumido en la idea de mundo (*Weltbild*) algo inmanente o transcendente al mundo. La metafísica atiende, antes bien, a su propio dominio: el ente en cuanto tal.

Hay también metafísica con base científica en las llamadas metafísicas positivistas o positivas nacidas al abrigo del evolucionismo darwinista, que describe la evolución como un desarrollo de lo imperfecto a lo más perfecto sin saltos cualitativos, sino como una sucesión ascendente de grados cada vez más perfectos. En el siglo XX, bajo el signo del evolucionismo, se desarrollan

⁷ Véase Thomas Nagel: *Mind and cosmos. Why the materialist neo-Darwinian conception of nature is almost certainly false*. Oxford UP 2002, pág 4: «a particular naturalistic *Weltanschauung*».

formas de metafísica en que se combinan de una manera especulativa los datos y principios a que han llegado en este siglo las ciencias particulares, principalmente la biología y la física sin olvidar la matemática, yendo más allá de aquellas ciencias y de sus regiones particulares para repensar las cuestiones y los problemas de la metafísica tradicional. Ejemplos de este quehacer «metafísico» son Bergson y Whitehead. Pero estas metafísicas son sólo hiperfísicas en cuanto explicaciones del mundo a partir de un origen óntico, por ejemplo, de la inteligencia (Bergson). Pero hay también metafísicas u ontologías – el término es más neutral y más caro a muchos – basadas en la matemática mereológica.

Hay tendencias a tratar temas ontológicos aislados que se antojan menos comprometedores para el programa de la metafísica occidental, pero repulsivos aún para muchos. Al cultivar un tema o varios de carácter metafísico, sin entrar en más detalles, el pensador no incurre en la sospecha de practicar metafísica o por lo menos no tiene por qué justificar su posición metafísica que fundamenta aquellas incursiones. Es como una diversión académica. Otras veces se trata de ensayos sobre aspectos parciales del mundo a partir de una ciencia particular calando en la dimensión metafísica de ésta. En estas formas de cosmovisión alienta, sin duda, la metafísica porque el concepto de mundo pertenece por derecho propio a la metafísica.

Por más grandes que sean las reservas ante tales empeños no se puede negar que las ciencias particulares no contribuyan o no puedan contribuir a un mejor conocimiento de la realidad y que con ello no se pueda producir un rebosar metafísico de modo que el ente en cuanto ente se enriquezca en su contenido no por adición óntica ni por transvase óntico, sino por una elevación a un plano de pensar superior. Véase, por ejemplo, cómo el concepto teológico de Dios elaborado a partir del nuevo teologema de la *creatio ex nihilo* supera la idea de un dios demiúrgico que mira al mundo preexistente de las ideas para remodelar el material también previamente existente y pre-elemental, o bien la idea aristotélica del motor inmóvil de todo el universo, que está en continuo movimiento sostenido incesantemente por aquél.

Ahora bien, la metafísica es algo total y totalizante sin ser por ello física como estudio del universo en cuanto entidad física, y no es regionalizable o circunscribible en exclusiva a una o varias regiones, como sucede en el desarrollo de ontologías de tropos o de sucesos. Esta compartimentalización es ajena a la metafísica misma, que va mas allá de cada una de las regiones hasta acceder algo más allá de una «región de las regiones»: el mundo. Por ello la metafísica es un discurso universal sobre todos y cada uno de los entes en cuanto que conforman el mundo suprarregional. En algún sentido, la metafísica es cuanto construcción del mundo la transcendencia al mundo como todo omniabarcante. Como tal la metafísica no inventa el universo sino lo trasciende. Ese mundo no coincide ni con el mundo espiritual o moral de la cultura ni con el universo físico ni menos aún con el conjunto de entes matemáticos y geométricos ni con el conjunto de los seres vivientes o el mundo de los seres humanos. Su elevación por encima de la física y de la matemática, por un lado, y de lo material y lo meramente moral, por otro, acusa el nivel metafísico del ente en cuanto ente. La orientación en el mundo no agota de ninguna manera la metafísica; por el contrario, es una consecuencia esencial de la metafísica en la medida en que trata del mundo en cuanto tal, así como de los «mundos» específicos en cuanto entrelazados entre sí. No tiene la función de ofrecer seguridad o dispensar consuelo al hombre en apuros o en época de crisis, pero sí puede procurar como fruto gratuito de su esencia misma ayuda existencial o consuelo cósmico dependiendo del sesgo particular que se le imprima a la metafísica. En cuanto forma suprema de la vida teórica (βίος θεωρητικός) es por ello una forma de vida y no una mera «ciencia» que afecta esencialmente al todo de esa vida. Con todo ni el mundo, por más tema de la metafísica que sea, se equipara *eo ipso* al ser, aunque esté íntimamente ligado a éste no sólo por el carácter universal de la metafísica, sino fundamentalmente por el carácter de ente en cuanto ente en su universalidad. Si esto es así, podría considerarse que la metafísica es una concepción o visión del mundo (*Weltanschauung* o *Weltansicht*)

Pero la metafísica no es una visión del mundo en sentido estricto, aunque en su ejercicio genuino pueda servir de base y de suelo nutricio a visiones del

mundo, como puede verse en ideologías de todo el espectro político o en teorías economicistas, biologists, sociologists, artísticas, religiosas. Tanto las ciencias particulares como las formas extraordinarias de la existencia humana (arte, religión, poesía o literatura) encierran una tendencia totalizadora que puede llegar a resultar en una concepción autómoma del mundo con la que cooriginariamente se combina una imagen o idea del hombre como inscrito en la totalidad de los entes. Todas esas visiones del mundo son metafísicas en su sentido espúreo, ya que, en realidad, son hiperfísicas que recaban sus datos de otras ciencias morales particulares: economía, sociología, política (ideologías) etc., y también de la metafísica hasta extrapolarlos a los demás sectores llegando a absolutizarlos, al servirse de la metafísica como entramado con que urdir los distintos datos primero allegados y luego conjuntados en un todo coherente de concepción del todo o del mundo. De hecho se incurre en la conocida *μετάβασις εἰς ἄλλο γένος*, extrapolación o aplicación indebida de las categorías de una región a otra. En esto incurre la extrapolación aquí descrita. Cosmovisión y metafísica son saberes universales, pero de diversa naturaleza. Ya Aristóteles observaba al comienzo de su *Metafísica* que todos los hombres tienden por naturaleza al saber y que el saber propio de la metafísica versa sobre un objeto muy peculiar, el ente en cuanto ente, y además en su universalidad. La universalidad del saber metafísico radica en que éste comprende a todos los entes en su conjunto y a las diversas especies de entes con sus correspondientes sectores de la realidad; por eso es de otro orden que el de la cosmovisión extrapoladora procedentes de ciencias particulares con el fin de ofrecer una visión «global» del universo o del mundo. De ahí que la metafísica no retome el hilo del pensamiento que han dejado las ciencias particulares como la biología, la astronomía o la física, como una ciencia particular; por el contrario, cultiva su propio tema, el ente en cuanto ente, en su universalidad y trata por ello incluso el universo en su estar frente a la nada (mundo).

Tampoco es una superciencia que abarque todos los saberes en el sentido del arte general (*ars generalis* luliana) o como la propuesta en el *Pharus scientiarum* (1659) de Sebastián Izquierdo, que tuviera como objeto principal todo lo escible, pero no todo lo escible al modo de la filosofía contemporánea

de la ciencia natural y matemática, sino lo escible en cuanto tal en su irrestricta totalidad.

La metafísica no es tal ciencia, sino en el mejor de los casos una parte de esa ciencia dentro de una concepción orbicular o enciclopédica del saber. El saber metafísico es, eso sí, totalizante y totalizador, pero no total, ya que versa sobre el ente en cuanto tal en su totalidad formal en cuanto tal totalidad. Los saberes específicos de cada ámbito ontológico no constituyen la metafísica, que no es una ciencia general del conjunto total de las ciencias y de las partes particulares.

Por otra parte, la metafísica es un saber universal por abrazar todo aquello que existe tanto en su individualidad cuanto en su inserción en cada región o dominio real y en la totalidad misma. La totalidad de los entes en cuanto tal es el objeto de la metafísica y tal por estar más allá de cada una de las cosas finitas y de sus naturalezas respectivas. En esta delimitación y circunscripción a la vez de la metafísica se abre una gama de temas fundamentales, como el de la relación entre el todo y sus partes, que debe entenderse como un problema especial de lo uno y lo múltiple que atañe al ente en cuanto ente. Aparejadas al tema del todo y sus partes se presentan diversas modulaciones de los esfuerzos totalizadores más concretos como el dominio, el sector, la región, el campo, el contexto y, en fin, el horizonte, así como finalmente el nexo en cuanto estructura vertebrante del todo y del dominio. Serie, conjunto, clase, colección etc. constituyen modulaciones del todo. En este tema está entrañada la relación entre lo uno y lo múltiple, un tema eminentemente metafísico que no debe, por su parte, adscribirse a la matemática, que trata de los números, ni en especial a la teoría matemática de los conjuntos.

Por todas estas razones la metafísica no sólo no es únicamente «ontología», sino sobre todo una «cosmología» en la que se asoma la teología. La metafísica no sólo es teología por ser ciencia de los principios de los entes y por tanto de lo divino, que se eleva así a fundamento de los entes, sino porque la totalidad misma en cuanto totalidad nos envuelve trascendiéndose a sí misma hacia lo absolutamente distinto: lo sagrado. Ahora bien, esta peculiar relación de la metafísica con la teología se da en el comienzo de aquella

cuando Aristóteles llama a esa ciencia del ente en cuanto ente filosofía primera o teología – el término «metafísica» es posterior –, pero no es teología positiva como la que se acredita en la misma mitología griega o en el cristianismo o en otras religiones, sino una teología que se revela en los límites de la razón (λόγος) misma frente al discurso teológico del μῦθος, pero que tampoco coincide con la teología griega posterior, desarrollada especialmente en el medioplatonismo y neoplatonismo, en que no sólo se despliega una ciencia de lo divino supremo, sino también una teología de los seres divinos intermedios (la demonología que anticipa la angelología), que, si bien actúan en el mundo sublunar, no son principios del mundo, por lo que su tratamiento no es propio de la metafísica. Menos aún será una filosofía de la religión en cuanto ciencia del comportamiento humano con lo divino, si bien el estudio sistemático de la religión en cuanto vinculación a lo sagrado o cumplimiento escrupuloso de los preceptos llamados religiosos o de origen divino coincida parcialmente con el saber universal de la metafísica. Piénsese en la ciencia sacrificial de los antiguos indios, como veremos más tarde.

Por la parte del pensar le acecha a la metafísica el peligro de ser absorbida por la lógica, que en cuanto ciencia del pensar considera al ente no en cuanto tal sino en cuanto es pensable y por tanto en cuanto objeto en el entramado de la predicación de sujeto y predicado. Ni el ente se reduce a ser objeto lógico, o sea sujeto o predicado de una proposición o predicación, ni el pensar se reduce al pensar lógico en que el objeto lógico prescinde de la existencia o inexistencia de los entes, ni menos aun a la lógica matemática. El ser no es puramente objetualidad. Así, aunque la ciencia metafísica no sea una ciencia del objeto en cuanto tal más acá de lo real y de lo irreal, no por ello deja de ocuparse del ente de razón y de la nada, frente a los que se recorta el ser en cuanto tal. Existencia es el tema por antonomasia de la metafísica, pues ésta trata del ente en cuanto existente y no del ente que no es, esto es, que no existe. En qué consista exactamente la existencia frente a la nada estriba justamente la pregunta fundamental de la metafísica, que no debe confundirse con la así llamada pregunta fundamental de la metafísica (Heidegger)⁸ que enun-

⁸ Martin Heidegger: *Einführung in die Metaphysik* (lección del semestre de verano de 1935), ahora en *Gesamtausgabe letzter Hand*. Vittorio Klostermann, Frankfurt am Main, 1975-, tomo 35 (1983),

cia Leibniz en los siguientes términos: ¿por qué es el ente en general en vez de la nada?⁹, y que expresa, en realidad, el principio metafísico de razón suficiente, conforme al cual «aliquid potius existit quam nihil» («algo existe antes que la nada»)¹⁰ o dicho de una forma más radical «nunc explicavimus ratione mundi existentis potius quam non existentis» («ahora hemos explicado por qué razón el mundo existe en vez de no existir»)¹¹, o sea la metafísica trata de por qué existe el mundo en vez de no existir, acabando por ser una teología o teodicea que da razón no sólo de por qué existe el mundo en vez de no existir (teología), sino también de por qué este mundo que existe es el mejor de los mundos posibles (teodicea).

Por eso originariamente preguntamos sobre las cosas si son y qué son. Con la primera pregunta aludimos a la existencia de la cosa, mientras la segunda pregunta pone de relieve la esencia. Esencia y existencia se coexisten y conforman a la vez la estructura compleja del ser en cuanto tal. Querer determinar este binomio estructural del ser exige a su vez distinguirlo de las existencias y esencias ficticias, ya que también hay centauros – híbridos de hombre y caballo –, y cada uno de ellos con sus particulares esencias, como nos enseña la mitología griega. Pero esos seres «mitológicos» no son tomados como entes reales, sino como entes de razón, y, sin embargo, poseen una forma muy particular de existir o de ser qué que nos fuerza a incluirlos dentro de la metafísica y de su objeto.

hrsg. von Petra Jaeger, pág. 1; edición española: *Introducción a la metafísica*. Traducción de Ángela Ackermann Pilári. Gedisa, Barcelona, 1993, pág. 11.

⁹ G. W. Leibniz: *Principes de la nature et de la grace fondés en raison* (1714), recogido en G.W. Leibniz: *Die philosophischen Schriften*, editado por G. J. Gerhardt, 7 tomos. Berlín, 1875-1890 (reimpresión: Olms, Hildesheim, 1965), tomo VI (1885), págs 588-606, aquí § 7, pág. 607: «[...] il faut s'élever à la Metaphysique, en nous servant du Grand principe [...] qui porte que rien ne se fait sans raison suffisante [...] Ce principe posé, la premiere question qu'on a droit de faire, sera, Pourquoi il y plustôt quelque chose que rien? Car le riene est plus simple et plus facile que quelque chose» («[...] Es preciso elevarse a la metafísica sirviéndose del gran principio que enuncia que nada se hace sin razón suficiente [...] Una vez puesto este principio, la primera pregunta que se debe plantear es ¿por qué existe una cosa en vez de la nada? Porque la nada es más simple y más fácil que cualquier otra cosa»).

¹⁰ G. W. Leibniz: *De rerum originatione radicali* (1697) recogido en G.W. Leibniz: *Die philosophischen Schriften*, editado por G. J. Gerhardt, tomo VII (1890), págs 302-308, aquí pág. 303 (como en nt.9).

¹¹ *ibidem*, pág. 305 (como en nt. 10).

Ya en este deslinde de la metafísica respecto de las otras ciencias generales que amenazan con incluirla en ellas se han ido desgranando temas metafísicos y aspectos de otras temáticas que se prestan a un tratamiento metafísico en toda regla.

Hay temas genuinamente metafísicos más allá de lo físico y de lo meramente lógico y por ello también una metafísica capaz de lidiar con ellos de una forma autónoma. Por otro lado, hay temas distintos de los meramente cotidianos, determinados por nuestras preocupaciones y solicitudes diarias, así como de los temas candentes de la actualidad sociopolítica que también exigen nuestra solicitud en un planteamiento, pero bien distinto al filosófico. Y esos temas que se llaman metafísicos no dejan de ser tan acuciantes como éstos, se ignoren o se oculten o se solapen con otros temas de una forma si no confusa, sí al menos opaca. Éstos son entre otros la esencia y la existencia, lo uno y lo múltiple, todo y parte, verdad/falsedad, bondad/maldad o deficiencia y belleza/fealdad, fundamento y fundamentado, ser posible y ser actual, contingencia y necesidad, las diez categorías aristotélicas (substancia, cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, cuándo, dónde, posición y hábito) u otras categorías.

En las siguientes páginas voy a abordar sólo tres temas de metafísica. La primera reflexión no versa sobre un tema concreto de la metafísica, sino trata de perfilar lo que es la filosofía oriental, esto es aquí, la filosofía india. Tal cuestión se antoja a primera vista descabellada, ya que se asume que la filosofía es un hallazgo y legado meramente occidental, pues como es sabido la filosofía y la metafísica nacieron en Grecia. Pero en la cultura india hay algo que se llama filosofía y por eso se habla no sin razón de los «seis sistemas de la filosofía india». Tan compleja y extensa cuestión la voy a acometer en esta breve reflexión de forma indirecta esbozando el concepto de sabio upaniśádico y distinguiéndolo del sabio griego o filósofo para poder así determinar mejor cuáles son los objetos respectivos de ambas formas de metafísica o de filosofía. De esas reflexiones deberá extraerse, en última instancia, un concepto más acendrado de metafísica occidental tan próximo, por una parte, al pensamiento indio, a la vez tan alejado de éste, por otra.

Nosotros somos los que cultivamos la filosofía o metafísica y cuando preguntamos qué es la metafísica nos incluimos en la pregunta qué somos nosotros, que la planteamos de tal forma que en la inepción de esta pregunta nuestra mente está vertida a lo que somos al cultivar la metafísica misma. Pero esta cuestión implícita desemboca en la cuestión aún más amplia qué somos. Nosotros nos vemos partícipes de alguna forma aún confusa de esa aventura de la metafísica cuando primero preguntamos por la actividad mental específica de indagar lo que es la metafísica misma, distinta de otras actividades mentales dirigidas a otros objetos. Esto exige investigar, por su parte, la estructura misma de nuestro estar vertidos a las cosas: conocer, querer, sentir, vivir. Por otro lado, la mismidad que somos se nos antoja distinta de otras individualidades como la de los objetos de las distintas artes y de la tecnología en general, de los seres vivos, de los seres inorgánicos del mundo subterráneo o del celeste. Aquí reside el problema de la relación entre el individuo y lo general y de la especificidad del yo de cada uno en general. En la explicación de la estructura del estar vertido a las cosas se suscita el problema de la relación entre la mismidad y mundo al que está vertido. Pero entre todas estas dimensiones de la mismidad se soterra una particularidad de ésta casi opaca a la vuelta sobre sí mismo, que comprende la conciencia de sí mismo y la reflexión sobre sí mismo de segundo orden.

¿Por qué es la conciencia o comprensión propia un tema de la metafísica? ¿No es antes bien un tema de la psicología o tal vez del psicoanálisis o la antropología o incluso de la psiquiatría, que trata precisamente de las alteraciones de la personalidad y por tanto de las anomalías de la comprensión propia? La mismidad es en sí un tema metafísico que suele enuclearse como tal bajo la denominación de alma, sujeto, o subjetividad, sea o no transcendental. El ser del hombre es un asunto, sin duda, central de la filosofía y en pareja medida de la metafísica, haya o no alma inteligible separada o no del cuerpo. La dimensión metafísica de la mismidad descansa en que ésta es fundamentalmente comprensión del ser y de sí mismo. La comprensión propia que se incluye en la comprensión del ser es la actitud comprensiva fundamental: la vuelta sobre sí mismo.

En las reflexiones anteriores hemos abundado en un aspecto con especial ahínco: el concepto de mundo y universo. Aunque la metafísica no es cosmología – la llamada *cosmologia generalis* de Wolff no es sino una parte de la *metaphysica specialis* dedicada a la descripción y explicación del mundo como conjunto de sustancias naturales compuestas, en movimiento o modificables¹², distinta por consecuencia de la *metaphysica generalis*, equivalente a la metafísica aristotélica por antonomasia –, sí se ocupa preferentemente de lo universal y por tanto del mundo como lo que trasciende cada uno de los campos de las ciencias particulares que se ocupan de regiones de la realidad. Diferencia entre mundo y ser totalidad y el ser de cada una de las cosas de la totalidad es un tema metafísico que voy a tratar en las siguientes páginas.

La reflexión final versará sobre lo bueno. No hay duda de que la ética se ocupa de lo bueno, esto es, del comportamiento humano óptimo. Y, sin embargo, lo bueno es tema de la metafísica, pero no se trata de lo bueno en sentido «moral». Lo bueno es uno de los modos consecutivos al ser en cuanto ser que son llamados transcendentales por decirse de todos y cada uno de los seres sin ser uno de ellos. El ser se da como lo bueno en la tensión de cada ente al ente. Con esta reflexión el presente esbozo de metafísica se adentra en el tema de ésta y, por otro, se reafirma su nivel de pensamiento, que se dirige al ente en cuanto ente y a las propiedades de éste, una de las cuales es justamente lo bueno, que es distinto, por ejemplo, del tema de la ética, que trata del ente moral en sentido estricto – no «espiritual» –. Del mismo modo que la comprensión de ser es constitutiva del ser humano, así también lo es la querencia del ser bajo la forma de lo bueno.

Esta selección de temas no agota el elenco completo de los temas fundamentales de la metafísica, concíbase cómo se conciba ese repertorio temático ideal, pero no por ello es meramente arbitraria; por el contrario, se desprende de una concreta andadura por el campo de la metafísica y refleja, por su parte, la conexión especial entre los temas escogidos.

¹² Christian Wolff: *Cosmologia generalis methodo scientifica pertractata, qua ad solidam, imprimis dei atque naturae cognitionem via sternitur*. In officina Rengeriana, Francofurti et Lipsiae, 1731, §§ 1-2, págs. 1-2.